

LOS LÍMITES DE LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO

José Luis Gordillo

En una intervención en la Universidad Nacional de Defensa de los EE.UU, el 23 de mayo de 2013, Obama afirmó “no podemos seguir luchando contra el terrorismo manteniendo al país en una guerra perpetua... Esta guerra [la guerra global contra el terror iniciada en 2001], como todas, tiene que terminar”. También lamentó las muertes de civiles causadas por los ataques con drones y reiteró su deseo de cerrar Guantánamo. En otro momento, apoyándose en una cita de Madison, recordó la obviedad de que “ninguna nación puede preservar su libertad en medio de una guerra continua”. En contra de lo que pudo parecer en un primer momento, ese discurso no fue la justificación de la adopción de un conjunto de medidas tendentes a revertir las políticas iniciadas por Bush II, sino, más bien, una especie de carta a los reyes magos que el presidente de la primera potencia mundial se envió a sí mismo... sin ninguna intención de hacer nada al respecto.

Fue un discurso muy característico del actual presidente de los EE.UU. Nadie como él para captar el estado de ánimo de la población y decirle lo que en cada momento quiere oír. Pero, tras regalarle los oídos, no hace nada significativo para cambiar las cosas. Tariq Ali, al principio del mandato de Obama, lo bautizó como “el presidente de la hipocresía”. Lo ocurrido poco después de la mencionada intervención mostró hasta que punto tenía razón el escritor británico de origen pakistaní.

Así, dos semanas más tarde, Edward Snowden, ex analista de la CIA, daba a conocer el programa de espionaje masivo de la NSA (la Agencia Nacional de Seguridad) puesto en marcha a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Rápidamente Obama salió a la palestra para justificarlo con el fantástico argumento según el cual “no se puede tener un 100% de seguridad y un 100% de privacidad”, que haría las delicias de cualquier dictador. Por otro lado, un par de meses después, el presidente norteamericano anunció su intención de intervenir militarmente en Siria tomando como excusa un

confuso ataque con armas químicas del que hizo responsable, sin presentar prueba creíble alguna, al régimen dictatorial de Al Asad. En resumen: justificación de la anulación masiva de derechos fundamentales y anuncio de una nueva carnicería en Oriente Medio, es decir, guerra contra el terrorismo en todo su esplendor.

Por suerte, una década larga de manipulaciones, guerras, invasiones y recorte de derechos también ha generado anticuerpos en las sociedades occidentales. Las revelaciones de Edward Snowden, un auténtico héroe de la lucha por los derechos básicos, se han convertido en uno de los principales quebraderos de cabeza de la Administración norteamericana. Después de que Obama y los suyos justificaran el programa de espionaje masivo invocando el mantra de la lucha antiterrorista, el ex analista de la CIA filtró que se espiaba, entre otras personas, a gobernantes teóricamente aliados, como Angela Merkel o Dilma Rousseff. Desde entonces no hay día que el estado norteamericano no haya tenido que responder a un aluvión de críticas externas o internas. No es que el programa se haya desmantelado, pero, como mínimo, el escándalo y las críticas han contribuido a empeorar la imagen de EE.UU. y de su presidente, lo que siempre tiene efectos positivos para el resto de la humanidad.

Sobre el proyecto de intervención en Siria, el fracaso fue realmente espectacular. Vale la pena recordar que el anuncio del ataque estuvo precedido por más de dos años de una intensa campaña de propaganda bélica a favor de los opositores a Al Asad, a quienes los dirigentes políticos y los medios de comunicación occidentales bautizaron como los “rebeldes” (un calificativo mucho más chévere que “terroristas” o “insurgentes”, por ejemplo) y a quienes habían armado y asesorado militarmente.

El 21 de agosto, todas las televisiones occidentales abrieron sus telediarios con la noticia del ataque químico en Damasco. El 27 de agosto, ya se anunciaba como inminente un ataque norteamericano contra Siria. El 30 de agosto, sin embargo, comenzaron los tropiezos. Ese día el parlamento británico votó mayoritariamente contra la intervención.

Los diputados ingleses se comportaron en este caso como verdaderos representantes de su población, claramente opuesta a involucrarse en una nueva guerra en Oriente Medio. Según un sondeo de YouGov, sólo el 25 % de los británicos apoyaba el ataque. Era, de todas formas, un número superior al de estadounidenses que defendían la misma posición, ya que sólo un 20% de ellos estaba a favor de atacar Siria. Otro tanto sucedía

con la población francesa y en un porcentaje similar. Por lo que se refiere a España, según un sondeo de Metroscopia hecho público el 10 de septiembre, el 96 % de su población rechazaba la intervención militar. Obama, flamante Premio Nobel de la Paz, iba a iniciar una nueva guerra de agresión con menos apoyo social que el que tuvo George W. Bush cuando dio la orden de invadir Iraq.

Las manifestaciones comenzaron de inmediato. El 29 de agosto ya hubo grupos que se manifestaron contra el ataque ante la Casa Blanca. Entre esa fecha y el 14 de septiembre, se sucedieron las concentraciones y manifestaciones en más de 200 ciudades de EE.UU., entre ellas Washington, Filadelfia, Allentown, Atlanta, Nueva York, San Francisco, Houston, Boston, Chicago, Los Ángeles y Providence. En el mismo período de tiempo sucedió lo mismo en Ottawa, Toronto, Londres, París, Marsella, Nimes, Aviñon, Toulouse, Annency, Berlín, Duisburgo, Frankfurt, Atenas, Moscú, San Petesburgo, Sebastopol, Ankara, Estambul, Izquir, Adana, El Cairo, Túnez, Amman, Nablus, Saná, Teheran, Pretoria, El Salvador, Caracas, Buenos Aires, Bogotá, Seúl, Islamabad, Melbourne, Sidney, Brisbane y Perth.

En España hubo concentraciones y manifestaciones en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Bilbao, Santiago de Compostela, Málaga, Cáceres, Gijón, Murcia y Jerez de la Frontera. En general, se trató de concentraciones que agruparon a centenares de personas. El gobierno español, a pesar de tener a todo el país en contra, mostró perrunamente su sumisión al señor emperador suscribiendo una carta de apoyo al ataque el 6 de septiembre, junto a los gobiernos de Canadá, Australia, Japón, Corea del Sur, Turquía, Arabia Saudita, Francia, Italia y Gran Bretaña. Rajoy por tanto actuó en este asunto de acuerdo con la conocida máxima “hacer lo contrario de lo que quiere el pueblo pero, eso sí, siempre en nombre del pueblo”.

A nivel mundial, el acto de protesta más masivo lo convocó el Papa Francisco para el sábado 7 de septiembre. Ese día, unas 100.000 personas se concentraron en la Plaza de San Pedro de Roma para celebrar una vigilia en favor de la paz y contra la intervención militar. Simultáneamente, el mismo día y a la misma hora, se convocaron actos similares en miles de iglesias católicas de todo el mundo.

Obama, intentando frenar la ola que se le venía encima, declaró el 31 de agosto: “mucha gente, entre la que me encuentro, está harta de guerras” (El País, 1 de septiembre de 2013). Nadie le puede negar su buen olfato. A continuación comenzó a buscar una

salida al lío en el que se había metido. En ese sentido anunció que, a pesar de que tenía poderes suficientes para declarar la guerra en solitario, pediría autorización al Congreso. Con ello ganaba tiempo para hacer posible una solución negociada que excluyera el uso de la fuerza militar. Como sabemos, ésta se la ofreció Rusia en forma de un plan de desmantelamiento y destrucción del arsenal sirio de armas químicas. Obama se agarró a ella como a un clavo ardiendo y la aceptó de inmediato.

En muchos de los actos de protesta se expresó incredulidad acerca de la versión que había dado la Casa Blanca sobre la autoría del ataque con armas químicas del 21 de agosto. De hecho, también circularon informaciones verosímiles en el sentido de que los autores del ataque habían sido “los rebeldes” y no el régimen de Al Asad. Con lo cual Obama se enfrentaba, en realidad, a todo el resentimiento generado por las mentiras sobre el 11-S y las mentiras para justificar las guerras de Afganistán, Iraq y Libia, así como al poso cultural dejado por las movilizaciones de alcance planetario contra ese programa de guerra eterna llamado guerra contra el terrorismo.

En una entrevista con Amy Goodman, el 2 de marzo de 2007, el general Wesley Clark, que fue quien dirigió el ataque de la OTAN contra Yugoslavia en 1999, explicó que unos días después del 11-S un amigo suyo que trabajaba en el Pentágono le hizo saber que la junta de Bush II había decidido atacar en los próximos años a Iraq, Líbano, Somalia, Sudán, Libia, Siria e Irán, además de Afganistán. Una parte importante de ese programa se ha cumplido, pero no todo. 2013 se acaba con dos mesas de negociaciones abiertas. Una, en Ginebra, en la que participan los dirigentes sirios y una parte de la oposición. La otra, entre EE.UU. e Irán que de momento ya ha conseguido un deshielo en las relaciones entre los dos países, una promesa de levantamiento de sanciones y garantías de que el programa nuclear iraní no va a perseguir fines bélicos. Es un panorama más halagüeño que el de hace un año.

A modo de contrapeso, cabe no olvidar que el intervencionismo occidental en África se ha intensificado a lo largo de este año. Al envío de tropas francesas a Malí, se añadió a finales de 2013 otro envío de contingentes militares galos a la República Centroafricana. El imperialismo occidental no cesa, pero parece que va perdiendo fuelle. Lo que sí parece claro es que en 2013 la guerra contra el terrorismo ha mostrado sus límites. En su descarrilamiento las movilizaciones antiimperialistas y por la paz de la primera década del siglo XXI han jugado un papel decisivo. #